

LAMBERTO SANZ ESTERAS

GETAFEÑOS
POR LOS CUATRO COSTADOS

Dicho popular:

**En Humanes no te pares,
en Fuenlabrada poco o nada,
en Leganés no te estés,
y en Getafe estate.**

Dedicado a los que hasta aquí llegaron y aquí se estuvieron.

GETAFEÑOS POR LOS CUATRO COSTADOS.

No todos aquellos que nacen en un lugar se sienten lugareños.

Sentirse de un determinado lugar es por algo. Ese algo a veces no se puede explicar. Puede que sea por su orografía, por sus montes y montañas, o por su mar y sus playas. Podrá ser por una verdadera inclinación; podrá ser por gusto o por simpatía; a lo mejor es que se siente una atracción especial hacia el lugar, o hacia las gentes que lo habitan. Pero es casi seguro que, el individuo en cuestión, se siente identificado con aquel lugar, con aquellas personas, con sus costumbres, con sus calles, con sus plazas, con sus escuelas, con los monumentos, con los centros de trabajo, con una cierta ermita, o con los santos de un templo, y hasta con las fealdades propias y los defectos siempre patentes, únicamente porque sí, sólo porque sí. Porque a uno, en su propio fuero interno, le da la realísima gana de ser de allí. Y nada, ni nadie se lo pueden negar.

Mis hermanos y yo nos criamos aquí en Getafe, en la calle de Jacinto Benavente, en el conocido barrio de la Barbacana, de la fábrica de harinas y de la estación corta. Un barrio nuevo por completo. Cuando nuestra familia llegó, en octubre de 1944, a lo que pocos años más tarde se convertiría en nuestro barrio; sólo había cuatro casas en nuestra calle y otras cuatro en el lado oeste de la Barbacana, junto a la estación, de manera que estábamos completamente aislados del pueblo. La casa más cercana era la finca de Berrocal, al lado de la herrería, justo en frente del cine Palacio. La calle de Velasco la componían una docena de casitas bajas, y en la Calle de Felipe Estévez unos pocos chalés estaban ocupados. Entre la Calle Madrid y la nuestra, ya no había más calles, ni siquiera la calle de Álvaro de Bazán estaba diseñada, ni tampoco la de San José de Calasanz, ni la de Núñez de Balboa, ni la de Cubas, ni la de Quevedo, ni por supuesto la de Griñón. En fin pura y dura soledad. Pero, poco a poco, muy poco a poco, fueron construyéndose pequeñas casas, empezando a tomar forma lo que pronto sería un nuevo barrio. Una gran finca situada frente a nuestra casa, se iría a convertir en un conjunto de cuatro pabellones que, en el transcurso de más o menos cinco o seis años, irían a albergar a más de ciento cincuenta familias ($48+36+36+36=156$) y que sumadas a todas las que se iban construyendo alrededor, con toda certeza sumarían más de trescientas.

Sabíamos, principalmente por los compañeros de colegio, que en otros lugares de Getafe estaba sucediendo algo muy parecido. Se ampliaban o nacían nuevos barrios, la Alhóndiga era uno de ellos, el del matadero y San Isidro, la colonia de artillería, también la de aviación y Juan de la Cierva, estaban creciendo a pasos agigantados.

¿Y qué quiero decir con esto? Pues que a nuestro barrio, al igual que en los restantes del pueblo, llegaron gentes de todo lugar y condición, de las provincias de Toledo y de Extremadura los más, pero también castellanos, cántabros, andaluces y hasta catalanes. Familias venidas de aquí y de allá, buscando un trabajo estable, que las fábricas, ya instaladas en Getafe, les ofrecían. Y al mismo tiempo la garantía de una buena educación para sus hijos, en los diversos colegios de la localidad; unos religiosos con bastante prestigio y otros los llamados nacionales, que no les iban a la zaga.

Y todas estas familias ¿se integraban en la vida del pueblo, o no se integraban? Unos enseguida, otros más o menos, la mayoría con añoranza de sus lugares de origen. Era lógico y natural. Aquellos vecindarios contemplaban pequeños grupos familiares y de paisanaje, que se reunían a las puertas de las casas, para charlar en las cálidas noches

de verano y hasta para contar canciones de sus pueblos. Pero el tiempo iba pasando, lenta o rápidamente, según se quiera mirar, pero iba pasando inexorablemente. Los hijos iban creciendo, asistían a las clases en los colegios y en la escuela de aprendices de CASA, jugaban en las calles, hacían amigos y lo que era todavía más importante nacían nuevos niños, unos pocos aún en las propias casas donde vivían, pero la mayoría en las clínicas de Madrid. Y a toda esta prole de pequeños habitantes, a los que iban creciendo y a los que nacían, ¿cómo los llamamos? ¿con qué gentilicio los apodamos? ¿Merecen o no merecen ser nombrados con el título de Getafeñas o Getafeños?

Tuve muchos amigos, colegas de colegio, compinches de correrías, feligreses de parroquia, compañeros de trabajo y compadres de barras de bar. Algunos aún conservo. Recuerdo unos hermanos de un pueblo llamado Espejo, en la provincia de Córdoba: Rafa y Francisco, trabajaban en Kelvinator y nos veíamos con bastante frecuencia en el mostrador del Bar Alegría. Corto de cerveza va y corto de cerveza viene. Plácidamente transcurrían las conversaciones. Una noche de verano, Francisco me dijo lo siguiente: *“Amigo, yo ya soy de Getafe, porque uno es más de donde paca, que de donde nace”*. Las lágrimas inundaron su redonda cara, al decirlo. Y yo emocionado, pedí otros cortos.

A unas hermanas, que guitarra en manos amenizaban algunas de las calurosas noches del estío, las llamábamos “las campanarias”, pero ellas decían que cuando iban a Campanario les llamaban “las getafeñas”. Gran paradoja, resulta que aquí eran de allí y allí eran de aquí. Y a ellas sólo les quedaba decir que tenían su corazón dividido. Pero aún no había nacido Alejandro Sanz, para cantarles lo del *“Corazón partido”*. Esto les suele ocurrir a gran cantidad de personas, que en el lugar donde han nacido les llaman con el gentilicio del lugar donde viven, y viceversa. Por cierto mi abuelo paterno, al que ni siquiera mi padre conoció, se llamaba Alejandro Sanz. Esto es un paréntesis.

Y hablando de cantantes. Una estrofa de la letra de una preciosa canción, interpretada por el desaparecido Carlos Cano, recordando a su tierra natal, con aquel sentimiento suyo tan característico, decía lo siguiente:

*Que tengo un amor en la Habana
y el otro en Andalucía,
no te he visto yo a ti, tierra mía
más cerca que la mañana
que apareció en mi ventana
de la Habana colonial
to Cádiz, la Catedral, la Viña y el Mentidero*

Y es que uno puede, estando donde está, estar también en otro lugar al mismo tiempo. No se trata de una bilocación física, sino simplemente que nuestra imaginación impregnada de una emoción, puede viajar con desenvoltura en el tiempo y en el espacio.

Ser getafeño no es haber nacido en Getafe, es otra cosa. Ser getafeño es sentir Getafe en lo más profundo. Ser getafeño es mucho más que ser de Getafe. Por eso, tú que has nacido en Getafe, no le digas nunca a nadie con sarcasmo, que no es getafeño, por no haber nacido en Getafe. Porque todos los que aquí pacemos, de alguna manera hemos nacido en Getafe. Unos con tierna edad, otros ya mayorcitos, pero todos, absolutamente todos, hemos venido a nacer de nuevo en este Getafe de nuestros amores. Un Getafe que siempre ha sido de todos, de los aquí nacidos y de los no nacidos aquí,

de los vernáculos y de los muchos que vinieron de fuera. Bueno, malo o regular, este es nuestro Getafe, un Getafe acogedor y heterogéneo, crisol de mestizaje por excelencia.

Y todo esto ¿para qué lo digo? pues para intentar transmitir a quienes quieran escucharme y se atrevan a entenderme, que si una gran parte de la vida de una persona transcurre en un determinado lugar y, además, ese individuo (hombre o mujer) asume libre y voluntariamente el bautismo de la idiosincrasia de los lugareños, sus tradiciones, sus fantasías, su folclore, sus usos y costumbres, llegando así con ello a grabarlos con fuerza en su propio carácter; entonces, amigos míos, si estamos viviendo en Getafe, esa persona es una getafeña o un getafeño. Y con todos los honores ¡si señor!

Más de cuatro son las calles y plazas que llevan nombres de ilustres getafeños, no nacidos en Getafe: literatos, sacerdotes, médicos e ingenieros, que han trabajado por nuestro pueblo, lo han ponderado y se han sentido orgullosos de habitar en él.

Recientemente hemos tenido el honor de recibir en estas mismas salas la visita de Andrés Díez, de poder escucharle con atención, de poder hacerle preguntas y de poder conversar con él sobre múltiples temas getafenses. Un hombre bueno, culto y vigoroso, que llegó a Getafe con diez años, un día nevado del mes de enero de 1925. Hoy, está a punto de cumplir los cien años, de los cuales noventa han sido vividos intensamente en Getafe. Decidme ¿Quién se atrevería a negarle el nombre de Getafeño? Con todos mis respetos, creo que ni siquiera él mismo podría hacerlo.

Yo he sido emigrante. He vivido cinco años en Río de Janeiro y siempre que me preguntaban que de dónde era, respondía que de Getafe. -Y eso ¿dónde está y cómo es? Pues eso está en la provincia de Madrid y siendo posiblemente uno de los pueblos más feos de España, es el que yo más quiero, porque es donde me he formado tal como soy. Allí, en tierras lejanas del trópico de Capricornio, rotulé una camiseta con un letrero en mayúsculas que decía UNIVERSIDAD DE GETAFE, la única camiseta rotulada que he vestido en mi vida, era el año 1970 y todavía permanecía activo el cuartel de artillería.

Conozco personas, nacidas en Getafe, que no gustan de llamarse getafenses. Más de una vez he oído decir, cuando a alguno le han preguntado ¿de dónde vienes?, responder, estirando el cuello, que vienen de Madrid. En cierta ocasión, en la barra de un bar, escuché a una joven señoritinga, de una familia acomodada de Getafe, que el día en que ella quisiera marido, iría a buscarlo a Madrid, porque aquí en el pueblo sólo se veían paletos. Supongo que también vosotros habréis escuchado cosas parecidas. Confieso que en mi propia familia hay personas que evitan decir que son nacidas aquí en Getafe. Que unos y otros me perdonen, pero creo que siendo así, no merecen ser distinguidos con el apelativo de Getafeña o de Getafeño, porque este gentilicio natural, que algunos optan por despreciar, como si fuera indigno, otros cuantos lo estimamos y lo llevamos como propio ¡y a mucha honra! Getafeña y Getafeño es para varios de nosotros algo más que un gentilicio, es un título y como tal hay que merecerlo.

En Getafe, marzo del 2015

(Los frutales están florecidos, ha empezado la primavera).

Lamberto Sanz Esteras.

Nací en Getafe en octubre del año 1944, con dos años y medio. Soy getafeño.